

## EL LEPROSO.

Sería la primera vez que esta dicha me habría sido concedida : mi mano jamás ha sido estrechada por nadie.

## EL MILITAR.

¡Cómo! ¿Fuera de esa hermana de que me habéis hablado, jamás habéis tenido relación con nadie, jamás habéis sido querido por ninguno de vuestros semejantes?

## EL LEPROSO.

Felizmente para la humanidad, no tengo ya semejante sobre la tierra.

## EL MILITAR.

¡Me hacéis temblar!

## EL LEPROSO.

¡Perdonad, compasivo forastero! Ya sabéis que los desgraciados gustan hablar de sus infortunios.

## EL MILITAR.

Hablad, hablad... Repito que me sois muy interesante. Me habéis dicho que una hermana vivía antes con vos, ayudándoos á soportar vuestras penas.

## EL LEPROSO.

¡Era el único lazo que me unía todavía al resto de los humanos! ¡Plugo al cielo romperlo y dejarme aislado y solo en medio del mundo! Su alma era digna

del cielo que la posee, y su ejemplo me sostenía contra el decaimiento que á menudo me abruma después de su muerte. No vivíamos, sin embargo, en esa intimidad deliciosa de que yo me formo una idea y que debería unir á los amigos desgraciados. El género de nuestros males nos privaba este consuelo. Aun en los momentos en que nos acercábamos para rogar á Dios, evitábamos recíprocamente el mirarnos, temerosos de que el espectáculo de nuestros males turbara nuestras meditaciones, y nuestras miradas no se atrevían á reunirse más que en el cielo. Después de nuestras plegarias, mi hermana se retiraba ordinariamente á su celda ó bajo los avellanos que terminan el jardín, y vivíamos casi siempre separados.

## EL MILITAR.

Pero ¿por qué imponeros esta dura privación?

## EL LEPROSO.

Cuando mi hermana fué atacada por la enfermedad contagiosa de que toda mi familia ha sido víctima y vino á compartir mi retiro, jamás nos habíamos visto; su espanto fué grandísimo al verme por primera vez. El temor de afligirla, el temor más grande todavía de aumentar su mal aproximándome á ella, me había obligado á adoptar este triste género de vida. La lepra no había atacado más que su pecho, y yo conservaba todavía alguna esperanza de verla curar. ¿Veis este resto de un cañizo que yo he descuidado? Era entonces un seto de lúpulos que mantenía con cuidado y que



dividía el jardín en dos partes. Yo había arreglado á cada lado una pequeña senda, á lo largo de la cual podíamos pasearnos y conversar juntos sin veros y sin aproximarnos demasiado.

## EL MILITAR.

Diríase que el cielo se complacía en envenenar los tristes placeres que os dejaba.

## EL LEPROSO.

Pero al menos no estaba solo entonces; la presencia de mi hermana daba vida á este retiro. Yo escuchaba el ruido de sus pasos en mi soledad. Cuando yo venía, al romper el día, á rogar á Dios bajo estos árboles, la puerta de la torre se abría suavemente y la voz de mi hermana se mezclaba insensiblemente á la mía. Por la tarde, cuando regaba mi jardín, ella se paseaba á veces á la puesta del sol, aquí, en el mismo sitio en que os hablo, y yo veía su sombra proyectarse pasando y repasando sobre mis flores. Hasta cuando no la veía, encontraba por todos lados las huellas de su presencia. Ahora ya no me sucede encontrar en mi camino una flor deshojada ó alguna ramita de arbusto que ella dejaba caer al pasar. ¡Estoy solo! Ya no hay movimiento ni vida á mi alrededor, y el sendero que conducía á su bosquecillo favorito desaparece ya bajo la hierba. Sin parecer ocuparse en mí, atendía sin cesar á lo que podía gustarme. Cuando entraba en mi cuarto, me veía sorprendido á veces de encontrar jarros de flores nuevos ó alguna hermosa fruta cuidada por ella misma. Yo no me atrevía á dedicarle los mismos obsequios,

y aun le había rogado que no entrara jamás en mi cuarto; pero ¿quién puede señalar límites al cariño de una hermana? Un solo rasgo podrá daros idea de su cariño hacia mí. Paseábame una noche á grandes pasos en mi celda, atormentado por espantosos dolores. En medio de la noche, habiéndome sentado un instante para descansar, oí un ligero ruido á la entrada de mi cuarto. Me aproximo, presto oído... ¡Juzgad de mi extrañeza! Era mi hermana que rogaba á Dios en el mismo umbral de mi puerta. Había oído mis quejas. Su cariño le había hecho temer el molestarme; pero vino para estar pronta á socorrerme en caso de necesidad. Le oí recitar en voz baja el *Miserere*. Púseme de rodillas cerca de la puerta, y, sin interrumpirla, seguí mentalmente sus palabras. Mis ojos estaban llenos de lágrimas. ¿Quién no se hubiera sentido emocionado por tal afecto? Cuando creí que su oración había terminado:

— ¡Adiós, hermana mía, le dije en voz baja; retírate; me siento un poco mejor! ¡Dios te bendiga y te recompense por tu piedad!

Ella se retiró en silencio, y sin duda fué oída su plegaria, porque al fin pude dormir algunas horas con tranquilo sueño.

## EL MILITAR.

¡Qué tristes debieron pareceros los días que siguieron á la muerte de esta hermana querida!

## EL LEPROSO.

Estuve sumido mucho tiempo en una especie de es-



tupor que me privaba de la facultad de sentir toda la extensión de mi infortunio. Cuando, al fin, volví en mí y estuve en estado de juzgar mi situación, mi razón estuvo á punto de abandonarme. Esa época será siempre doblemente triste para mí; me recuerda la mayor de mis desdichas y el crimen que por poco llega á ser su consecuencia.

## EL MILITAR.

¡Un crimen! Me resisto á creerlos capaz de cometerlo.

## EL LEPROSO.

No es, sin embargo, sino la verdad pura, y al referiros esa época de mi vida, harto siento que perderé mucho en vuestra estimación; pero no quiero pintarme mejor de lo que soy, y me compadeceréis tal vez al condenarme. La idea de abandonar esta vida voluntariamente se me había ya presentado en algunos accesos de melancolía; sin embargo, el temor de Dios me la había hecho rechazar siempre, cuando la circunstancia más sencilla y menos á propósito en apariencia para turbarme pudo perderme por toda la eternidad. Acababa de experimentar una nueva pena: hacía algunos años que un perrito se nos había reunido; mi hermana le amó, y yo os confieso que desde que ella no existía, ese pobre animal era para mí un verdadero consuelo.

Debíamos, sin duda, á su fealdad la elección que de nuestra casa había hecho para su refugio. Había sido

rechazado por todo el mundo; pero era todavía un tesoro para la casa del Leproso. En agradecimiento del favor que Dios nos había concedido dándonos ese amigo, mi hermana le había llamado *Milagro*; y su nombre, que contrastaba con su fealdad, así como su alegría habitual, nos habían distraído á menudo de nuestras penas. Á pesar del cuidado que yo tenía de él, se escapaba algunas veces, y jamás se me había ocurrido que esto pudiera perjudicar á nadie. Sin embargo, algunos habitantes de la ciudad se alarmaron y creyeron que podía llevar entre ellos el germen de mi enfermedad. Determináronse á elevar sus quejas á la autoridad militar de Aosta, la cual ordenó que mi perro fuese muerto inmediatamente. Algunos soldados y habitantes vinieron en seguida á mi casa para ejecutar esa orden cruel. Atáronle una soga al cuello en mi presencia y le arrastraron. Cuando estuvo á la puerta del jardín, no pude dejar de mirarle todavía una vez; le vi volver hacia mí los ojos como pidiéndome un socorro que yo no podía darle. Querían ahogarle en el Dora, pero el populacho, que lo esperaba fuera, lo mató á pedradas. Yo oí sus gritos y entré en mi torre más muerto que vivo; mis rodillas temblorosas no podían sostenerme: me arrojé en mi cama en estado imposible de describir. Mi dolor no me permitió ver en aquella orden justa pero severa, más que una barbarie tan atroz como inútil; y aunque me avergüenzo hoy del sentimiento que me animaba entonces, no puedo aún pensar en ello con sangre fría. Pasé todo el día en la mayor agitación. Era el último ser viviente que acababan de arrancar



de mi lado, y este nuevo golpe había de nuevo abierto todas las llagas de mi corazón.

Tal era mi estado cuando el mismo día, hacia la puesta del sol, vine á sentarme aquí, sobre esta misma piedra donde os sentáis ahora. Reflexionaba hacia mucho rato sobre mi triste suerte, cuando allá abajo, hacia aquellos dos abedules que terminan la empalizada, vi aparecer á dos jóvenes recién casados. Avanzaron á lo largo del sendero, á través de la pradera, y pasaron cerca de mí. La deliciosa tranquilidad que inspira una dicha segura estaba impresa en sus hermosas fisonomías; caminaban lentamente; sus brazos iban entrelazados... De repente les vi detenerse; la joven inclinó la cabeza sobre el pecho de su esposo, quien la estrechó con delirio entre sus brazos. Sentí que mi corazón se oprimía. ¿Os lo confesaré? La envidia se deslizó por primera vez en mi alma; jamás la imagen de la ventura se me había presentado con tanta fuerza. Les seguí con la mirada hasta el extremo de la pradera, é iba á perderles de vista entre los árboles, cuando vinieron á herir mis oídos gritos de alegría: eran sus familias reunidas que salían á su encuentro. Ancianos, mujeres, niños les rodeaban; oí el murmullo confuso de la alegría; veía entre los árboles los colores brillantes de sus vestidos, y el grupo entero parecía envuelto en una nube de felicidad. No pude soportar este espectáculo; los tormentos del infierno habían entrado en mi corazón; desvié la vista y me precipité en mi celda. ¡Dios mío! ¡Qué desierta, sombría y espantosa me pareció!

« ¡Es aquí, pues, me dije, donde he fijado para siem-

pre mi residencia; aquí, donde, arrastrando una vida deplorable, esperaré el fin tardío de mis días! ¡El Eterno ha repartido la dicha, y la ha repartido á torrentes sobre todo lo que respira; y yo, yo solo, sin ayuda, sin amigos, sin compañía!... ¡Qué espantoso destino! »

Lleno de estos tristes pensamientos, llegué á olvidarme completamente de mí mismo...

« ¿Por qué, me dije, me fué concedida la luz? ¿Por qué la naturaleza no es injusta y madrastra sino para mí? Parecido al niño desheredado, tengo ante los ojos el rico patrimonio de la familia humana, y el cielo, avaro, me niega mi parte. ¡No, no, exclamé al fin en un acceso de rabia, no hay dicha para mí sobre la tierra; muere, desgraciado, muere! Demasiado tiempo has manchado la tierra con tu presencia; ¡pueda ella tragarte vivo y no dejar huella alguna de tu odiosa existencia! »

Aumentaba por grados mi insensato furor; el deseo de destruirme se apoderó de mí, y en él se fijaron todos mis pensamientos. Concebí, en fin, la resolución de incendiar mi retiro y dejarme consumir por las llamas con todo lo que hubiera podido dejar algún recuerdo mío. Agitado, furioso, salí al campo, donde vagué algún tiempo en la sombra al rededor de mi habitación: aullidos involuntarios salían de mi pecho oprimido y me espantaba á mí mismo en el silencio de la noche. Volví á entrar lleno de rabia en mi vivienda, gritando:

« ¡Maldito seas, Leproso, maldito seas! »

Y como si todo debiera contribuir á mi pérdida, oí el eco que, de en medio de las ruinas del castillo de Bramafame, repitió distintamente:



— ¡Maldito seas!

Me detuve lleno de horror en la puerta de la torre, y el eco débil de la montaña repitió algún tiempo después:

— ¡Maldito seas!

Tomé una lámpara, y, resuelto á prender fuego á mi habitación, descendí al cuarto más bajo, llevando conmigo sarmientos y ramas secas. Era el cuarto que había habitado mi hermana, y en el cual no había vuelto á entrar después de su muerte: su sillón estaba todavía colocado como cuando lo retiré por última vez; sentí un estremecimiento de temor, viendo su velo y algunas prendas de su vestido esparcidas por el cuarto; las últimas palabras que pronunció antes de salir de él para siempre acudieron á mi pensamiento: « Yo no te abandonaré al morir, me dijo; acuérdate de que estaré presente en tus amarguras. » Al colocar la lámpara sobre la mesa, distinguí el cordón de la cruz que mi hermana llevaba al cuello y que ella misma había colocado entre dos hojas de su Biblia. Á su aspecto, retrocedí lleno de santo terror. La profundidad del abismo en que me iba á precipitar se presentó de repente ante mis ojos esclarecidos. Me aproximé temblando al libro sagrado.

« ¡He aquí, exclamé, el auxilio que me prometió! »

Y cuando retiré la cruz del libro, encontré un escrito cerrado que mi buena hermana había dejado para mí. Mis lágrimas, retenidas hasta entonces por el dolor, se escaparon á torrentes: todos mis funestos proyectos se desvanecieron al instante. Oprimí largo tiempo sobre mi corazón aquella carta preciosa, antes de poder leer-

la, y cayendo de rodillas para implorar la misericordia divina, la abrí y lei sollozando estas palabras que quedarán eternamente grabadas en mi corazón:

« Hermano mío: voy á dejarte bien pronto; pero no te abandonaré. Desde el cielo, adonde espero ir, velaré por ti; yo rogaré á Dios que te dé valor para soportar con resignación la vida, hasta que le plazca reunirnos en otro mundo: entonces podré mostrarte todo mi afecto; nada me impedirá aproximarme á ti y nada podrá separarnos. Te dejo la crucecita que he llevado toda mi vida; á menudo me ha consolado en mis penas, y mis lágrimas no tuvieron jamás otro testigo que ella. Acuérdate, cuando la veas, de que mi último deseo fué el de que puedas vivir ó morir como buen cristiano. »

¡Oh, carta adorada! ¡No me abandonará jamás! ¡Yo la llevaré conmigo á la tumba! ¡Ella me abrirá las puertas del cielo, que mi crimen me iba á cerrar para siempre! Al concluir de leerla, me sentí desfallecer, rendido por las emociones que acababa de experimentar. Vi una nube extenderse ante mi vista, y durante algún tiempo perdí á la vez el recuerdo de mis males y el sentimiento de mi existencia. Cuando volví en mí, la noche era muy avanzada. Á medida que mis ideas se despejaban, experimentaba un sentimiento de calma indefinible. Todo lo que me había ocurrido durante la tarde me parecía un sueño. Mi primer movimiento fué elevar los ojos al cielo para darle gracias de haberme preservado de la mayor de las desdichas. Jamás el firmamento me había parecido tan sereno y hermoso: una estrella



brillaba ante mi ventana ; la contemplé durante mucho tiempo con inexplicable placer, dando gracias á Dios de que me concediera aún el placer de verla, y experimenté un secreto consuelo al pensar que uno de sus rayos estaba destinado á la triste celda del leproso.

Volví á subir ya más tranquilo á mi cuarto. Emplé el resto de la noche leyendo el libro de Job, y el santo entusiasmo que él infiltró en mi alma acabó por disipar enteramente las negras ideas que me habían asediado. Jamás habia sentido esos momentos espantosos cuando mi hermana vivía ; me bastaba saber que estaba cerca de mí para estar más tranquilo, y la sola idea del cariño que por mí sentía bastaba para consolarme y darme valor.

¡Compasivo forastero! ¡Dios os preserve de veros jamás obligado á vivir solo! Mi hermana, mi compañera ya no existe ; pero el cielo me concederá la fuerza de soportar valerosamente la vida : me la concederá, lo espero, porque se lo ruego con toda la sinceridad de mi corazón.

## EL MILITAR.

¿Qué edad tenía vuestra hermana cuando la perdisteis?

## EL LEPROSO.

Apenas tenía veinticinco años ; pero sus sufrimientos la hacían parecer mayor. Á pesar de la enfermedad que produjo su muerte y que habia alterado los rasgos de su fisonomía, hubiera parecido todavía hermosa sin la espantosa palidez que la desfiguraba : era la imagen de la muerte viva, y yo no podia verla sin sollozar.

## EL MILITAR.

¡La perdisteis muy joven!

## EL LEPROSO.

Su complexión débil y delicada no podía resistir tantos males reunidos : desde hacia algún tiempo advertía yo que su pérdida era inevitable, y tal era su triste suerte, que me veía forzado á desearlo. Viéndola languidecer y destruirse cada día, yo observaba con alegría funesta aproximarse el fin de sus sufrimientos. Hacía ya un mes que su debilidad habia aumentado ; frecuentes desvanecimientos amenazaban su vida de hora en hora. Una noche, era hacia principios de agosto, la vi tan abatida, que no quise abandonarla : estaba en su sillón, porque no podía resistir la cama hacia algunos días. Me senté cerca de ella, y en la obscuridad más profunda, tuvimos juntos nuestra última conversación. Mis lágrimas no podían contenerse : cruel presentimiento me agitaba.

— ¿Por qué lloras? me decía. ¿Por qué te afliges así? Yo no te abandonaré al morir, y estaré presente en tus angustias.

Algunos instantes después, me manifestó deseos de ser transportada fuera de la torre y de rezar sus oraciones en su bosquecillo de avellanos : allí era donde pasaba la mayor parte de la primavera.

— Quiero morir, decía, mirando al cielo.

Yo no creía, sin embargo, que su hora estuviese tan próxima. La tomé en mis brazos para transportarla.



— Sosténme solamente, me dijo, tal vez tenga todavía fuerzas para caminar.

La conduje lentamente hasta los avellanos; le formé una almohada con hojas secas, que ella misma había amontonado, y, habiéndola cubierto con un velo, á fin de preservarla de la humedad de la noche, me coloqué junto á ella. Pero ella deseó estar sola en su última meditación, y me alejé sin perderla de vista. Veía su velo elevarse de vez en cuando y sus manos blancas dirigirse hacia el cielo. Cuando me acerqué al bosquecillo me pidió agua: se la llevé en una copa; humedeció en ella sus labios, pero no pudo beber.

— Siento que se aproxima mi fin, me dijo volviendo la cabeza; mi sed será bien pronto apagada para siempre. Sosténme, hermano mío; ayuda á tu hermana á franquear ese pasaje deseado, pero terrible. Sosténme y recita la oración de los agonizantes.

Éstas fueron las últimas palabras que me dirigió. Apoyé su cabeza sobre mi pecho y recité la plegaria de agonizantes.

— ¡Pasa á la eternidad, le dije, hermana querida! ¡Librate de la vida; deja ese despojo en mis brazos!

Durante tres horas la sostuve así en la última lucha de la naturaleza; extinguióse por fin dulcemente, y su alma se separó sin esfuerzo de la tierra.

El Leproso, al terminar este relato, cubrióse el rostro con los manos; el dolor veló la voz del viajero. Después de un instante de silencio, el Leproso se levantó.

— Extranjero, le dijo; cuando la pena ó el desaliento

se os acerquen, pensad en el solitario de la ciudad de Aosta: no le habréis hecho una visita inútil.

Encamináronse juntos hacia la puerta del jardín. Cuando el militar iba á salir, púsose el guante en la mano derecha.

— Jamás habéis estrechado la mano á nadie, dijo al Leproso; concededme el favor de estrechar la mía: es la de un amigo que se interesa vivamente por vuestra suerte.

El Leproso retrocedió algunos pasos como espantado, y levantando los ojos y las manos al cielo:

— ¡Dios de bondad, exclamó, derrama tus bendiciones sobre este hombre compasivo!

— Concededme, pues, otro favor, añadió el viajero. Voy á partir; no nos veremos tal vez en mucho tiempo. ¿No podríamos, con las precauciones necesarias, escribirnos alguna vez? Semejante relación entre nosotros podría distraeros y á mí mismo me causaría verdadero placer.

El Leproso reflexionó algún tiempo.

— ¿Por qué, dijo al fin, trataría de forjarme ilusiones? Yo no debo tener otra sociedad que yo mismo, ni otro amigo que Dios; en Él nos encontraremos. ¡Adiós, hombre generoso!... ¡Sed feliz! ¡Adiós para siempre!

El militar salió.

El Leproso cerró la puerta y corrió los cerrojos.